

LIBERTAD CULTURAL, PLURALISMO POLÍTICO Y CAPITALISMO*

Arturo Fontaine T.

Capitalismo y Libertad de Milton Friedman no sería una defensa, sino que resultaría ser, más bien, una “elegante lápida del liberalismo”, según Macpherson. Una de las razones es que Friedman no lograría demostrar que la libertad política requiere del capitalismo. En el artículo me propongo examinar ciertos argumentos que tienden a vincular la libertad propia del capitalismo competitivo con la libertad cultural y política. En la primera parte analizo planteamientos de Friedman y algunas —no todas— de las críticas de C. B. Macpherson; luego, examino enfoques de Hayek y de Kolakowski acerca de la planificación central y su carácter antilibertario. La última parte está destinada a considerar la relación entre las conclusiones a que se llega y una visión de la libertad negativa o formal. La posición que defiende concibe el sistema económico capitalista de mercado como una —no la única, desde luego— de las garantías institucionales de la libertad cultural y política. Sin embargo, se objeta el uso de conceptos tales como “condición necesaria pero no

ARTURO FONTAINE T. Licenciado en Filosofía, Universidad de Chile; M. A. y M. Phil. en Filosofía Universidad de Columbia; Profesor de Filosofía, Universidad de Chile y Academia Superior de Ciencias Pedagógicas; Director del Centro de Estudios Públicos.

* Una primera versión de este trabajo fue presentada el día 16 de julio de 1984 en el seminario “Temas de Teoría Democrática Contemporánea”, organizado por el Centro de Estudios Públicos. Dicho seminario fue dirigido por el Sr. Óscar Mertz.

suficiente para la libertad política”, y se propone considerar a la institucionalidad capitalista, empleando los términos de Madison, como una “invención de la prudencia”. Las reflexiones finales esbozan un papel para la libre concurrencia en el proceso de constitución de las identidades de personas y grupos al interior del cuerpo social.

1 El Socialismo Centralizado es Antilibertario

La tesis que Macpherson disputa es que un sistema económico de propiedad privada y libre mercado sea “una condición necesaria de la libertad política”¹. La proposición de Friedman es, por tanto, la siguiente: si hay libertad política (o, en general, democracia liberal) entonces hay libertad económica (o libre mercado o capitalismo competitivo, si se quiere)². La proposición se invalida, en rigor, si es verdad que hay libertad política y es falso que haya libre mercado en al menos un caso significativo. Por consiguiente, la tesis equivale a lo siguiente: “una sociedad socialista no puede ser a la vez democrática”³⁻⁴.

Naturalmente, Macpherson, que promueve los ideales del socialismo democrático entendido como “democracia participativa”, objeta este planteamiento. Su crítica va dirigida a varias de las razones que da Friedman en apoyo de su tesis y que son, en realidad, casos particulares de la tesis general.

¹ Milton Friedman, *Capitalism and Freedom*, Chicago: The University of Chicago Press, 1962, p. 4. Estas materias han estado en el trasfondo de buena parte de la discusión política chilena, al menos desde la década de los años sesenta. Al respecto ver por ejemplo, William Thayer, *Trabajo, Empresa y Resolución*, Zig-Zag, 1968, pp. 181 y 182. Ver a su vez la nota 14 de este trabajo.

² Para los efectos de este trabajo, sistema de “libre mercado”, de “libre empresa”, de “propiedad privada”, de “capitalismo” son términos equivalentes en el entendido de que todos suponen un régimen predominantemente basado en la propiedad privada y la libre competencia. “Socialismo” supone aquí un sistema en el cual predomina el control estatal de los medios de producción, y salvo que se indique lo contrario, planificación centralizada. El socialismo de los movimientos “socialdemócrata”, caracterizado por su énfasis en propender a una más igualitaria distribución de los ingresos, queda fuera del marco de análisis de este trabajo. En cuanto a sus formas históricas, no ha implicado abolición de la propiedad privada de los medios de producción y planificación central no se ve afectado por los argumentos que se discuten en este ensayo como socialistas.

³ Milton Friedman, obra citada, p. 8.

⁴ Se entiende que aquí la “democracia” implica por definición libertad política y se excluye del concepto la tiranía de las mayorías sin derechos de las minorías en cuanto ésta sería una situación antidemocrática.

A mi juicio, los argumentos centrales de Friedman pueden reformularse en la forma que sigue. En primer lugar, al tener la autoridad política el control de todos los medios de producción, adquiere un monopolio sobre el empleo. En tal caso, el gobierno puede acallar a sus opositores por la vía de no darles ocupación. “Para que la gente pueda propiciar algo, en primer lugar, deben ser capaces de ganarse la vida”, dice Friedman. En otras palabras, el pluralismo político y de estilos de vida propios de la diversidad de la democracia requeriría una pluralidad de empleadores potenciales y sería destruido por el monopolio estatal (o privado, por cierto) de los medios de producción. En tanto y cuanto el socialismo implique un control colectivo o estatal de la propiedad de ellos sería incompatible con el ejercicio de las libertades públicas propias de la sociedad democrática.

La primera respuesta de Macpherson es que “un gobierno socialista que deseara garantizar la libertad política no estará impedido de hacerlo por tener el monopolio del empleo”⁵. A la inversa, un gobierno socialista que deseara coartar la libertad efectivamente “podría usar su monopolio del empleo para lograrlo”, pero tiene “tantos otros modos de hacerlo que ello no resulta decisivo”⁶. El propio Macpherson extrae y recalca la conclusión. “El verdadero problema de la libertad bajo el socialismo tiene que ver con la voluntad, no con el modo. El verdadero problema es si un estado socialista podría llegar a tener la voluntad de garantizar la libertad política”⁷.

En mi opinión, lo que hasta aquí dice Macpherson es rigurosamente exacto y le da, en el fondo, la razón a Friedman. Al modo de una crítica se concede el punto central por cuanto la sobrevivencia de los opositores dependerá de la voluntad pluralista del gobierno en el régimen socialista. Friedman ha escrito —y Macpherson lo pasa por alto— que bajo ese sistema la libertad depende de un acto de autocontrol o de “autonegación” por parte de las autoridades políticas. En otras palabras, el control de los gobernantes reside en ellos mismos y no en los gobernados. Hay aquí en juego un principio fundamental de teoría democrática que Madison en *El Federalista* expresaba en estos términos: “Al diseñar un gobierno que debe ser administrado por hombres sobre hombres, la gran dificultad se encuentra en esto: primero se debe capacitar al gobierno para que controle a los

⁵ C. B. Macpherson, “Elegant Tombstones: A note on Friedman’s Freedom”, en *Democratic Theory*, Oxford: Oxford University Press, 1973, reimpresión de 1977, p. 151. Una buena traducción castellana realizada por Rafael Hernández V. fue publicada en la revista *Escritos de Teoría*, V octubre 1982, pp. 9-21.

⁶ C. B. Macpherson, obra citada p. 151.

⁷ C. B. Macpherson, obra citada p. 151.

gobernados, y, a continuación, se le debe obligar a controlarse a sí mismo. El depender del pueblo es, sin duda, el control primario sobre el gobierno, pero la experiencia le ha enseñado a la humanidad la necesidad de precauciones auxiliares”⁸. Si la vigencia política de la oposición depende de la voluntad pluralista del o los soberanos (aunque cuenten con apoyo de la mayoría) se está más cerca de un régimen despótico que de uno democrático-republicano. Por consiguiente, la estatización de la propiedad privada les da a las autoridades políticas armas para practicar el despotismo en tanto y cuanto lo estimen del caso. No creo que el argumento de Friedman requiera más.

El segundo argumento se refiere a los medios de comunicación social. Las repúblicas democráticas modernas por su extensión y el tamaño de su población requieren de medios de comunicación social (prensa, libros, radio, televisión, etc.), los cuales, a su vez, no pueden operar sin recursos económicos que son escasos. Es a través de la prensa y de los medios mencionados que se lleva a cabo principalmente la discusión cultural y política así como el arraigo de valores y tradiciones. Ocurre que si el estado controla los recursos que los medios de comunicación necesitan para funcionar (imprentas, papel, tinta, equipos electrónicos, frecuencias de transmisión, etc.), serán las autoridades políticas y las burocracias dependientes de ellas las llamadas a determinar quiénes tendrán acceso a los medios y quiénes no. Otra vez, entonces, la oportunidad que tenga la oposición de hacer oír su voz dependerá del autocontrol de los gobernantes.

La respuesta de Macpherson es a primera vista análoga a la anterior: Friedman no consigue demostrar la imposibilidad de que el gobierno socialista respete las libertades públicas, pero es cierto que “un gobierno que quisiera evitar la discusión política puede usar su posición económica monopolística para hacerlo”⁹. Hasta aquí queda en claro, a mi juicio, que el socialismo centralizado, al menos, es vulnerable a los argumentos expuestos por Milton Friedman.

2 Las Invenciones de la Prudencia

Tal vez la disputa se disolvería, en gran parte, si se interpretara como ambiguo el uso que Friedman hace de los términos en su célebre primer capítulo de *Capitalismo y Libertad*. Por una parte, habla de “condi-

⁸ Plubius, “Selección de El Federalista” en revista *Estudios Públicos* N° 13, Verano 1984, Santiago de Chile.

⁹ C. B. Macpherson, obra citada, p. 150.

ción necesaria” y, sin embargo, más adelante deja la impresión de que no está usando ese concepto en su sentido lógico: “Tal vez, dice, haya alguna manera de superar estas dificultades y de preservar la libertad en una sociedad socialista. Uno no puede decir que sea enteramente imposible”. Y luego reta a los socialistas a proponer un orden institucional capaz de lograrlo¹⁰. Me parece que tal diseño institucional debe ser capaz de “obligar al gobierno a controlarse a sí mismo”. No basta el autocontrol y Macpherson se ocupará de esto más adelante.

Sin embargo, esa sensación de ambigüedad en la expresión de Friedman desaparecería si se interpretara la tesis así: “El capitalismo es una condición necesaria para que haya garantías de libertad política”, donde el énfasis está en el concepto de “garantía institucional”. De ello se colige que el socialismo no puede dar garantías a la oposición dentro de la democracia. Para invalidar la tesis habría que mostrar un sistema de garantías institucionales —y no meramente fácticas— compatible con el control estatal o colectivo de los medios de producción. Y éste es, naturalmente, un desafío para los socialistas democráticos.

Con todo, subsiste un problema con el rigor del concepto “condición necesaria”. Friedman, como he expuesto, sostiene que “no es enteramente imposible” que un orden institucional socialista supere estas dificultades, de lo cual se desprende que el uso de la condicionalidad en el sentido lógico no es adecuado.

Lo que esta discusión revela es que conceptos como “condición necesaria” y “condición suficiente” no son siempre pertinentes en el análisis de las reglas e instituciones sociales. Creo que las reglas y principios políticos que animan a un orden institucional se justifican a base de consideraciones prudenciales. Los grandes principios políticos son, según el decir de *El Federalista*, “invenciones de la prudencia”. De esta naturaleza es, por ejemplo, el principio de la separación de los poderes. Escribe Madison en el texto ya citado: “Esta política de suplementar, mediante intereses rivales y opuestos, la falta de motivaciones más elevadas, puede encontrarse en todo el sistema de los asuntos humanos, tanto privados como públicos. Lo vemos operar en especial en las distribuciones subordinadas del poder donde el objetivo constante es dividir y disponer los diversos cargos de tal manera que cada uno puede ser un control del otro —y así que el interés privado de cada individuo pueda actuar como un centinela de los

¹⁰ Milton Friedman, obra citada, pp. 18 y 19.

derechos públicos—. Estas invenciones de la prudencia no pueden ser un requisito menor en la distribución de los supremos poderes del Estado”¹¹.

Es un error fundar un principio como el anterior en que todos los hombres sean necesariamente ambiciosos, egoístas y calculadores. Basta que la experiencia indique que hay una probabilidad seria de que la falta de controles facilite el desarrollo de esos vicios en las autoridades para que sea aconsejable buscar un sistema de controles y contrapesos que tienda a dificultarlos. Es suficiente, tal vez, reconocer lo que los teólogos cristianos han llamado “la naturaleza caída del hombre” para justificar la división de los poderes y contra-recomendar un orden institucional que no pone cortapisas a la voluntad de los gobernantes. Si esto es así, el desafío para el socialismo democrático no consiste en imaginar algún orden social posible en que se garantice la libertad política sin propiedad privada, sino en ofrecer un modelo plausible, cuyas instituciones estén respaldadas por la prudencia, virtud que en la ética aristotélica ocupa un lugar central.

3 Socialismo de Mercado, Neocorporativismo y Libertad

Macpherson, tras sostener que Friedman no demuestra la imposibilidad de que un gobierno socialista que tenga la voluntad de proteger a sus opositores no pueda lograrlo, agrega que, con todo, “los arreglos institucionales” no debieran ser menospreciados. “Porque incluso donde hay, en conjunto, la voluntad de garantizar la libertad política, siempre habrá probablemente presiones contra ella, de tal modo que resulta deseable tener instituciones que hagan más difíciles sus infracciones”¹². Quizá, después de todo, la discrepancia con Friedman se reduzca al uso confuso que éste ha hecho del concepto de condición necesaria.

Su proposición institucional respecto del control de los bienes requeridos por los medios de comunicación es aceptar el libre mercado del papel, imprentas, salas de reuniones, etc.¹³ Por consiguiente, Macpherson da la impresión de que está pensando en mantener el mecanismo del mercado en tanto y cuanto sea útil como un modo de garantizar la libertad de opinión. La manera rápida, imprecisa y desganada con que el autor formula su proposición deja demasiadas cosas en el aire, pero vale la pena destacar

¹¹ Plubius, “Selección de El Federalista”, revista *Estudios Públicos* N° 13, Invierno 1984, Santiago de Chile, p. 251.

¹² C. B. Macpherson, obra citada, p. 153.

¹³ C. B. Macpherson, obra citada, p. 153.

que el método escogido por Macpherson es uno de los más típicos de la tradición liberal: la libre competencia.

El mercado de los bienes que se usan para expresar opiniones en las sociedades modernas está íntimamente ligado a los demás. Así, por ejemplo, no es fácil interrumpir la siguiente cadena: bosques, aserraderos, industria de celulosa, comercialización del papel, máquinas de impresión, distribución de diarios, revistas y libros, etc.¹⁴.

Por otra parte, el financiamiento de los principales medios de comunicación privados es de hecho en la sociedad actual el avisaje comercial, y éste se funda en la existencia de mercados legales para millares y millares de productos que son del todo ajenos al área de los insumos de los medios mismos. En general, los medios masivos se financian o por la vía tributaria —y dependiente, por tanto, de las autoridades políticas— o por la vía del avisaje comercial¹⁵. Es la necesidad en que se encuentran los oferentes de informar y persuadir al público de las ventajas de sus productos, lo que sustenta la mayor parte de las formas políticas y culturales de comunicación social. Y esa necesidad sólo opera donde una pluralidad de oferentes compite por conquistarse el favor de un público conformado por individuos capaces de decidir qué demandar. En una economía centralizada no se cumple el requisito de la pluralidad de oferentes competitivos y, por consiguiente, los medios de comunicación social difícilmente podrían tener un financiamiento desligado de los recursos controlados por la burocracia que depende de la autoridad política. Esto indica que las instituciones de la libre expresión se nutren del sistema político democrático y del económico de libre mercado. ¿Cuánto mercado libre se requiere para que haya un mercado de los insumos de los medios de comunicación social?

A veces se propone alguna solución de corte corporativista con el objeto de evitar tanto el control estatal como privado de los medios de comunicación social. No es el caso de Macpherson mismo, pero vale la pena de todas maneras referirse a esta sugerencia. Se inicia una búsqueda en tal caso de los “sectores relevantes” de la sociedad —sindicatos, empresarios, iglesias, universidades, etc.—, se otorga a ellos, o a sus representantes, el privilegio del acceso a los medios de comunicación social. Con

¹⁴ “¡La Papelera No!”, grito de lucha de los opositores al gobierno socialista de Salvador Allende es un caso de interés al respecto. Dada la situación imperante en Chile, la Compañía Manufacturera de Papeles y Cartones (Papelera) era el único oferente no estatal de papel de diarios y revistas. Su expresión o quiebra era vista como una amenaza grave a la libertad de opinión por la inmensa mayoría de los opositores al gobierno de la Unidad Popular en Chile.

¹⁵ Un tercer camino podría ser el de las donaciones.

frecuencia este método se plantea con respecto a la televisión, por ejemplo. Un enfoque de este tipo introduce un contrapeso “elitista” al Estado por cuanto deja los medios desligados, tanto del control del voto democrático como del consumidor en el mercado. Algunos grupos de presión tendrían per se un derecho y un poder que otros no tienen, ni podrían llegar a adquirir. Es del espíritu de esta proposición el que el derecho a administrar los medios quede concedido indefinidamente a esos “grupos selectos”. Se trataría en sentido exacto de un *privilegio*.

El planteamiento adolece, creo, de dos fallas básicas. Primero, ¿cómo escoger a esos “grupos selectos”? ¿En qué proporción han de estar representados los distintos sectores relevantes de la sociedad en los consejos de administración de los medios de comunicación social? Segundo, los “grupos selectos”, como ha sostenido Maestmäcker, son de por sí muy poderosos en la sociedad, incluso, en la sociedad democrática, por cierto, y no están sujetos —ni podrían estarlo— a los controles adecuados al gobierno. “Dado que estos grupos gozan —y por supuesto deben gozar para estar seguros— de todos los privilegios del derecho privado, el único arreglo institucional para controlarlos y criticarlos es la opinión pública. Yo no creo que los mismos grupos que más necesitan ser criticados por la opinión pública deban controlarla”¹⁶. La proposición corporativista refuerza legalmente desigualdades de influencia que existen de hecho en la sociedad democrática. Reparte el poder, es cierto, pero entre poderosos que no ponen en juego ese poder, es decir, que no compiten ni política ni económicamente.

Para inhibir el uso del poder monopólico del empleo con fines políticos, Macpherson sugiere, en primera instancia, la delegación de la administración de las unidades productivas de tal modo que se establezca una pluralidad de empleadores independientes¹⁷. Por consiguiente, ha de haber autonomía con respecto al empleo por parte de las diversas empresas¹⁸. Para asegurar la independencia de los administradores de las empresas —Macpherson no es demasiado explícito al respecto— habría que garanti-

¹⁶ Ernst J. Maestmäcker, “Libertad y Medios de Comunicación”, revista *Estudios Públicos* N° 3, 1981, Santiago de Chile, p. 51.

¹⁷ C. B. Macpherson, obra citada, pp. 151 y 154.

¹⁸ C. B. Macpherson propone en la obra citada, además, el establecimiento de un ingreso mínimo garantizado. Sin embargo, la viabilidad de un mecanismo de este tipo como garantía generalizable a todos los eventuales opositores está ligada a la virtual eliminación de la escasez, situación del todo hipotética que no estimo del caso discutir aquí. Además, la fijación del monto y la administración del ingreso mínimo son de carácter prudencial. Sin pluralidad de empleadores y medios de comunicación social privados e independientes no constituye una garantía suficiente.

zar el que su nombramiento y remoción no competan a la autoridad política sino que, por ejemplo, a los trabajadores de cada empresa. El sistema institucional que requiere la democracia es, entonces, o capitalista de mercado o socialista de mercado en tanto y cuanto ello sea posible. La planificación central estricta queda descartada. Habrá, por cierto, toda una gama de mixturas con una mayor o menor presencia de propiedad privada y de planificación centralizada, pero los elementos de la combinación son los señalados y no otros.

Un socialismo de mercado tal que el nombramiento y remoción de los gerentes de las empresas no sea resorte del poder político tiene un serio problema, y es que nadie parece haber sido aún muy persuasivo cuando se trata de demostrar sus ventajas sociales, políticas o económicas con respecto al capitalismo de mercado. Tal vez lo único que se logre —si hay autogestión o cooperativas de trabajadores— es que los que laboran en una empresa sean a la vez quienes controlen indirectamente su administración. Se borraría así la separación del capital y del trabajo que es una de las fuentes de alienación según la literatura marxista clásica. El control del capital de una empresa quedaría en manos de los representantes de los trabajadores de ella.

Sin embargo, el precio que se paga puede ser alto, si se quiere realmente ser honesto con la idea y que haya una autogestión efectiva. La iniciativa privada con propiedad estatal de los medios de producción ha sido parcialmente ensayada en Yugoslavia. Mas, como ha escrito Kolakowski, “los resultados son hasta ahora demasiado tenues o ambiguos como para arrojar un cuadro claro respecto de su éxito. El punto esencial, no obstante, es que siempre hay en juego dos principios que se restringen mutuamente: a mayor iniciativa económica dejada en manos de unidades de producción socializadas particulares, y a mayor independencia de esas unidades, mayor será el papel de las leyes “espontáneas” del mercado, la competencia y el afán de lucro. Una forma social de propiedad que permitiera completa autonomía a las unidades de producción implicaría una vuelta al capitalismo para todos. La única diferencia sería que los dueños individuales de las plantas serían sustituidos por dueños colectivos, esto es, por cooperativas de productores”¹⁹.

La estructura económica en un modelo socialista de mercado en base a cooperativas de trabajadores se rigidiza enormemente porque, por ejemplo, no es posible invertir recursos en empresas que no sean aquellas

¹⁹ Leszek Kolakowski, *Main Currents of Marxism*, Oxford, Oxford University Press 1978, p. 160 (edition of 1981).

en las que el individuo en cuestión labora, lo cual hace que en definitiva las decisiones de inversión tiendan a quedar en manos del Estado. Tampoco es claro cómo —sin intervención centralizada estatal— podría crearse una nueva empresa, ni qué ocurre cuando una quiebra, ni cómo se selecciona a las personas para llegar a trabajar —y por ende a tener derecho directo o indirecto de administración— en las empresas de mayores recursos. (Una secretaria de Codelco podría ganar mucho más y aspirar a mucho más poder que la de un supermercado, por ejemplo. ¿Cómo se filtra entonces a los postulantes, en qué supera ese método de selección a la solución capitalista?)

Desde la perspectiva filosófica de Macpherson, un socialismo de mercado real ¿no conllevaría la reaparición del “individualismo posesivo”?²⁰ ¿Estaría alguien dispuesto a sostener hasta las últimas consecuencias que unidades cooperativas de producción operando en un mercado significan la abolición de la explotación del hombre por el hombre y de la alienación porque se suprime la escisión entre capital y trabajo, y no hay apropiación de la plusvalía por parte del propietario privado? ¿Es plausible afirmar lo anterior y aceptar que, con todo, las “leyes del modo de producción capitalista” siguen tan vigentes como antes pese a la abolición de la propiedad privada de los medios de producción y al advenimiento del socialismo? ¿No es patente que esta sociedad socialista no logra abolir esa “coerción” inevitable en el capitalismo —según Macpherson deriva de Marx— y que consistiría en que el individuo porque no es dueño del medio de producción donde labora requiere “persuadir” a algún empresario de que lo contrate y no es libre, por tanto, de no contratarse, es decir, de no celebrar contrato alguno?²¹ ¿No dependerá su empleo de que “persuada” a alguna de las cooperativas existentes —o, mejor dicho, a su gerencia— de que lo contraten? ¿No ocurre que en un régimen de libre concurrencia, el empresario —y, cabe esperar que en un socialismo de mercado, la unidad de producción cooperativa— no subsiste a la larga si no “persuade” a su clientela y cuenta con su favor? ¿No ocurre, en definitiva, que un orden social libre no se funda en la autosuficiencia sino que en la cooperación voluntaria de

²⁰ Ver C. B. Macpherson, *The Political Theory of Possessive Individualism: Hobbes to Locke*, Oxford: Oxford University Press 1962. *The Life and Times of Liberal Democracy*, Oxford: Oxford University Press 1977, y “Liberal Democracy and Property” en *Property* edited by C. B. Macpherson, Toronto: University of Toronto Press 1978. No veo fácil reconciliar en la filosofía política de Macpherson al socialismo de mercado, por ejemplo, con su ‘redefinición’ del concepto de propiedad planteado en el último de los trabajos citados.

²¹ C. B. Macpherson considera esta hipótesis en su trabajo “Two Elegant Tombstones...”, obra citada, pp. 145-147.

individuos y unidades de organización intermedias que son justamente insuficientes y necesitan unos de otros?

Al parecer, los comentarios de Macpherson acaban por implicar alguna forma de socialismo de mercado como garantía de la libertad política. Sin embargo, hay otra sorpresa —y Macpherson es harto aficionado a ellas—. El conejo que viene en la manga esta vez es que lo anterior no basta. Aun un socialismo descentralizado es vulnerable porque es evidente que si existe un obicuo partido político único o dominante en todas las industrias y plantas (y en todos los sindicatos) la multiplicidad de empleos se hace enteramente ineficaz si, o en tanto, el partido así lo desee. El problema no es la ausencia de un mercado del trabajo sino la presencia posible de otra institución como un partido obicuo que pone otras cosas por encima de la libertad política²². A mi juicio, esto reafirma, por una parte, la necesidad de que la fórmula de mercado propuesta para descentralizar el poder tenga una razonable probabilidad de buen funcionamiento y, por otra, subraya la importancia de entender las instituciones como “invenciones de la prudencia”. Tanto Friedman como Macpherson parecen no verlo claramente así. La gravedad que encierra la posición de Macpherson es que minimiza la importancia práctica de los arreglos y mecanismos institucionales para la contención del poder bajo el socialismo en beneficio de condicionantes históricos y sociológicos, voluntaristas u otros. Deja de haber, como en el liberalismo clásico, una filosofía política de la libertad. Pero la experiencia de los socialismos reales es un testimonio elocuente del valor de la teoría de las limitaciones institucionales al poder.

Por otra parte, como ya he planteado, no es una relación de condicionalidad necesaria en el sentido estricto de la lógica formal lo que vincula la institucionalidad del libre mercado y la libertad política. No es lógicamente necesario que un régimen de planificación central estricto implique de hecho un control completo de la libertad de opinión, por ejemplo. Es concebible que subsistan márgenes de libertad sustentados en divergencias provenientes tal vez de opiniones e intereses de las distintas ramas de la burocracia estatal y de los grupos de presión de la sociedad (partidos, sindicatos, Fuerzas Armadas y otros). La separación de poderes —para reiterar el ejemplo anterior— no deja de ser un principio político fundamental para la libertad por el hecho de que haya habido en el pasado, y puede haberlo en el futuro, algunos déspotas ilustrados, justos y buenos. Tampoco el capitalismo es absolutamente seguro. Es posible que algún “partido obicuo” lograra traspasar todas las vallas que representan las dis-

²² C. B. Macpherson, obra citada, p. 153.

tintas formas de la descentralización que en ese régimen debe existir. Sin embargo, lo que Macpherson no hace —creo— es ofrecer un orden institucional socialista-democrático plausible. Y ello porque no se especifica cómo funcionaría el socialismo de mercado en el área de las comunicaciones y del empleo, lo que resulta necesario para establecer algún tipo de resguardo institucional. Y mientras ello no se haga, más vale seguir confiando, pese a sus muchas imperfecciones, en el capitalismo de mercado. El peso de la prueba recae en quien propicia la novedad. Particularmente, si quien lo hace ha planteado la peligrosidad del “partido obicuo” en los términos señalados.

Con todo, la amenaza del “partido ubicuo” que “pone otras cosas por encima de la libertad” admite otra lectura. Posiblemente lo que Macpherson quiere decir —y que comparto plenamente— es que ninguna institución protectora de la libertad es sustituto de la fe en el valor de la libertad. Una sociedad que no crea en la libertad y en la que prime ese “partido ubicuo” encontrará resquicios para sortear los resguardos jurídicos. La institucionalidad viva es siempre un resultado de interpretaciones, tradiciones, opiniones y creencias. La defensa de la libertad se juega, en última instancia, en el campo de los valores y las ideas que dan sentido a las normas de convivencia. ¿Cómo crear, conservar y profundizar la cultura de la libertad? Ese es el gran desafío tanto para los partidarios del socialismo como del capitalismo democrático.

Macpherson, en el ámbito político, le atribuye valor al contexto histórico y social en el cual surge el socialismo para determinar la probabilidad de que no renuncie a la libertad y sea realmente democrático y descentralizado. El subdesarrollo de los países en que el socialismo triunfó primero, la ausencia de una ética del esfuerzo y el trabajo en las grandes masas, un clima internacional de “guerra fría”, el origen revolucionario y no pacífico de los gobiernos socialistas serían factores que habrían alejado a los “socialismos reales” de la libertad y facilitado la preponderancia de esos “partidos ubicuos”. En otro contexto —presumiblemente el de las democracias de los países desarrollados— el socialismo tendería a favorecer más la libertad.

4 Totalitarismo, Planificación Central y Mercado en Hayek y Kolakowski

Para Macpherson, el socialismo, si quiere dar garantías institucionales para la democracia, ha de abrir paso a la descentralización del mercado en lo que dice relación con el empleo y los medios de comunicación social.

Este es el tema del *Camino de la Servidumbre*, de Hayek, ensayo del cual Lord Keynes dijera: “Filosófica y moralmente, estoy de acuerdo virtualmente en todo; y no sólo de acuerdo sino que además conmovido profundamente”. En líneas generales, el argumento podría reformularse, a mi juicio, como a continuación se indica:

a) La planificación centralizada democrática implicaría la imposición de las preferencias de la mayoría en aquello que tiene que ver con los medios necesarios para nuestros fines. Ello porque “es de la esencia del problema económico que la confección del plan económico implique decidir entre fines competitivos o conflictivos —entre necesidades diferentes de diferentes personas—”²³. El “plan” que definen los representantes del pueblo en el mejor de los casos haría que esa decisión en favor de ciertas necesidades de ciertas personas y dejando de lado las de otras, se ajustará a la voluntad de los elegidos por los más: “El control económico no es meramente el control de un sector de la vida humana que puede ser separado del resto; es el control de los medios para todos nuestros fines. Y quienquiera tenga el control exclusivo de los medios determinará también qué fines deben perseguirse, qué valores están más alto y cuáles más bajo —y, en otras palabras, en qué se debe creer y por qué se debe luchar—. La planificación central significa que el problema económico ha de ser resuelto por la comunidad y no por el individuo, pero esto implica que debe ser también la comunidad, o más bien sus representantes, la que debe decidir acerca de la importancia relativa de las diversas necesidades”²⁴. Hasta aquí hay una fuerte coerción, más supuestamente apoyada democráticamente. Es una tiranía de la mayoría.

b) Sin embargo, no hay modo de controlar y evaluar a los representantes a cargo de la confección del plan en términos de que efectivamente se ajusten a las preferencias de las mayorías. Ello debido a que “cuáles son los fines que entran en conflicto, y que deben ser sacrificados si deseamos obtener otros; en breve, cuáles son las alternativas entre las cuales tenemos que escoger, sólo puede ser determinado por aquellos que tienen los datos; y sólo ellos, los expertos, están en situación de decidir qué fines serán preferidos. Es inevitable que impongan escala de preferencias a la comunidad para la cual planifican”²⁵. El símil de la delegación de poderes en el

²³ Friedrich Hayek, *The Road to Serfdom*, Chicago: The University of Chicago Press, 1976, p. 65. Para versión castellana, ver *Camino de Servidumbre*, Madrid: Alianza Editorial, 1977.

²⁴ Friedrich Hayek, *The Road to Serfdom*, Chicago: The University of Chicago Press, 1976, p. 92.

²⁵ Friedrich Hayek, *The Road to Serfdom*, Chicago: The University of Chicago Press, 1976, p. 65.

Parlamento liberal no funciona por la naturaleza global (el rango amplísimo de decisiones que les compete) y eminentemente discrecional de las facultades de resolución que se traspasan, lo cual hace virtualmente imposible una evaluación racional y oportuna del desempeño de los representantes porque se carece de la información de que ellos disponían al momento de resolver.

c) Por consiguiente, la situación hipotética descrita en a) —tiranía de la mayoría— de hecho no se produce. Al contrario, la planificación centralizada, aunque se plantee con voluntad democrática, genera tendencias contrarias a la libertad de las personas y al control de los representantes por parte de las mayorías. La elección del comité de planificación central equivaldría más o menos a escoger quiénes serán nuestros déspotas.

Lo totalitario de la planificación central deriva de que la sociedad libre no está construida en beneficio de ningún objetivo único: “La libertad individual no puede ser reconciliada con la supremacía de ningún objetivo determinado al cual la totalidad de la sociedad debe subordinarse del todo y en forma permanente”²⁶. La excepción típica de esta regla es el estado de guerra, en el cual los sacrificios se justifican para salvaguardar la libertad en el futuro. Esta visión de la sociedad libre como plural en cuanto a sus objetivos es de origen burkeano. Los estados del mundo cristiano, según Burke, tienen constituciones que “no son sistemáticas, no han sido dirigidas hacia ningún objetivo particular, eminentemente distinguido que sobrepase a todos los demás. Los objetivos que incluyen son infinitamente variados y han llegado a ser, de algún modo, infinitos”²⁷. Para Burke, el intento jacobino pone al Estado al servicio de uno o varios objetivos “eminentes” y con ello atenta en contra de la libertad tradicional en estados como el de Gran Bretaña. “No hay que extrañarse, entonces, de que si se quiere considerar a estos estados como máquinas destinadas a trabajar para un solo gran objetivo, resulte difícil concentrar esa fuerza disipada y equilibrada, o conseguir que se una la fuerza de toda la nación en un solo determinado punto”²⁸.

Hayek ha adoptado de Michael Oakeshott el término “nomocrático” (gobernado por la ley) para definir al orden social libre en cuanto distinto del orden social telocrático (gobernado por un propósito o por objetivos determinados). En la sociedad libre, el bien común o público es un orden

²⁶ Friedrich Hayek, *The Road to Serfdom*, Chicago, The University of Chicago Press. 1976, p. 206.

²⁷ Edmund Burke, “Selección de Escritos Políticos”, revista *Estudios Públicos* N° 9, Verano 1983, p. 159. Santiago de Chile.

²⁸ Edmund Burke, “Selección de Escritos Políticos”, revista *Estudios Públicos* N° 9, Verano 1983, p. 159. Santiago de Chile.

de reglas que no se ordena a ningún fin concreto particular y capaz, por eso mismo, de coordinar la actividad social de modo que las personas y agrupaciones intermedias logren autónomamente sus fines propios mediante la cooperación voluntaria²⁹. Creo que esta tesis central acerca de la sociedad libre trasciende a Burke y podría ser justificada a partir de concepciones filosóficas diversas, a saber, una interpretación tomista del bien común como perteneciente a la categoría del accidente de relación (un orden, un modo de coordinación) y no de la sustancia; o a lo Kant a base de la distinción entre el derecho y el bien. Habría una pluralidad de fundamentaciones ontológicas, metafísicas y antropológicas que abonan, sin embargo, en lo sustancial desde un punto de vista político, un mismo orden: la sociedad libre³⁰. Con todo, por cierto que una derivación kantiana de la sociedad libre y una burkeana, por ejemplo, a pesar de concordar en el ideal antes reseñado discreparán en torno al alcance y naturaleza de muchísimas normas llamadas a implementarlo en la praxis social concreta.

La sociedad totalitaria, barruntada por Burke en el modo de actuar jacobino, se aparta de la pluralidad del orden libre en beneficio de un orden telocrático y tiende a abolir la propiedad privada de los instrumentos de producción e introducir la planificación centralizada como el modo predominante de toma de decisiones en el campo económico-social. Los argumentos de Hayek y Friedman apuntan a vincular este proceso de organización económica con el establecimiento de un orden telocrático en lo cultural y político. La tesis parece ser corroborada, en importante medida, por pensadores de raigambre socialista como Leszek Kolakowski. En efecto, según el filósofo polaco, a diferencia de los autoritarismos como el zarista, “el principio totalitario de organización requiere el control estatal de los medios de producción”³¹, y agrega que “el totalitarismo tiene mayores posibilidades de lograr su ideal dentro de una economía socialista”³²⁻³³. En el tercer tomo de su célebre obra sobre el marxismo, Kolakowski ha

²⁹ Friedrich Hayek, “Principios del Orden Social Liberal”, revista *Estudios Públicos* N° 6, Segundo trimestre, 1982, p. 183.

³⁰ Michael J. Sandel en un artículo interesante desde muchos puntos de vista identifica, a mi juicio, erróneamente, la sociedad liberal con su fundamentación kantiana a pesar de que muchas de las expresiones que usa podrían ser burkeanas. Ver Michael J. Sandel, *Political Theory*, Vol. 12, N° 1, February 1984, pp. 81-96.

³¹ Leszek Kolakowski, “Las Raíces Marxistas del Estalinismo”, revista *Estudios Públicos* N° 11, Invierno 1983, p. 208. Santiago de Chile.

³² Leszek Kolakowski, “Las Raíces Marxistas del Estalinismo”, revista *Estudios Públicos* N° 11, Invierno 1983, p. 208. Santiago de Chile.

³³ Acerca del autoritarismo y totalitarismo, ver Juan Yrarrázaval, “Elementos para una Distinción entre la Sociedad Totalitaria y los Regímenes Políticos Autoritarios”, revista *Estudios Públicos*, N° 12, Primavera 1983. Santiago de Chile.

escrito: “De esto no se colige que todo intento de socializar los medios de producción deba necesariamente dar como resultado una sociedad totalitaria, y es una en la cual todas las formas de organización son impuestas por el Estado y los individuos son tratados como propiedad estatal. Sin embargo, es cierto que la nacionalización de todos los medios de producción y la completa subyugación de la vida económica a la planificación estatal (sin importar cuán efectiva o inefectiva sea esa planificación central) prácticamente significa una sociedad totalitaria. Si la base del sistema es que la autoridad central define todos los objetivos y formas de la economía, y si la economía, incluida la fuerza de trabajo, está sujeta a la planificación global de esa autoridad, la burocracia ha de transformarse en la única fuerza social activa y adquirirá, a su vez, un control indiviso sobre otros aspectos de la vida”³⁴.

Los argumentos considerados permiten afirmar, en consecuencia, con razonable seguridad, que un régimen de libre concurrencia, como el que hace posible un capitalismo competitivo, es una de esas “invenciones de la prudencia” que da respaldo institucional a la libertad cultural y política. Si se quiere guardar la identidad y las tradiciones sin sacrificar el principio que sólo valoriza como morales decisiones respecto de las cuales los individuos son responsables porque fueron voluntarias, es dentro de este esquema en el cual hay que moverse. Habrá tradición, entonces, pero renovada constantemente en un clima que permita la discrepancia, y, por tanto, también, el apartarse de ellas. Se vive un poco más a la intemperie, pero es eso justamente lo que le da valor a lo que allí se configura como estilos de vida social.

5 Libertad Negativa, Economía Libre e Identidades Personales y de Grupos

Más a continuación sobreviene una pregunta respecto de las implicancias filosóficas de la tesis anterior. Al atribuírsele ese significado al control de los medios necesarios para nuestros fines y, por ende, a la organización jurídico-económica de la sociedad, ¿se es congruente o no con la concepción de la libertad negativa? La distinción de Berlin plantea la “libertad positiva” como autorrealización, como liberación del “yo”, auto-dominio, etc. La libertad negativa sería la capacidad de actuar sin ser obs-

³⁴ Leszek Kolakowski, *Main Currents of Marxism*, Oxford: Oxford University Press, 1978, p. 160.

truido por otro, es decir, en ausencia de coacción. En el campo político, la tradición liberal se identifica más bien con la libertad en su sentido negativo y es ella la que funda el pluralismo de fines que caracteriza a la sociedad libre. Ha sido común, en cambio, según Berlin, que los regímenes autoritarios y totalitarios apelen a una noción política de la libertad en su sentido positivo. (Liberación del hambre, de la explotación de una raza o clase, etc.)³⁵ A mi juicio, los argumentos expuestos son enteramente congruentes con una noción de libertad negativa a lo Berlin.

Nadie duda de que los hombres necesitan para lograr sus fines de una serie de medios que son escasos. Todo orden social requiere de un sistema de toma de decisiones al respecto, el cual ciertamente influye en qué fines —y para quiénes— se harán de hecho más difíciles o fáciles de obtener. La idea central de una sociedad basada en la libre concurrencia es que los medios deseados para lograr los fines de cada cual se consigan de los otros sin coerción, esto es, respetando las reglas que emanen de la noción de la libertad negativa.

Sin embargo, la concepción de la libertad de inspiración socialista tiende a exigir que se garantice a los individuos el acceso efectivo a los bienes económicos útiles para hacer uso de todas las libertades. Ello se aparta del concepto de libertad negativa y formal a lo Hayek (aunque no forzosamente a lo Berlin)³⁶, quien rechaza la idea de la libertad como poder positivo o libertad material³⁷. La pregunta es si no se cae en una concepción de la libertad como poder material al vincular liberalismo económico y liberalismo cultural y político. Una visión de la libertad negativa y liberal como la propuesta no asegura, en general, el acceso efectivo a los bienes, sino que un marco de reglas que permiten una libre concurrencia para conseguirlos³⁸. Se garantiza, por ejemplo, la plena libertad de movimiento —incluida la libertad de entrar y salir del país— y no por ello se pretende que todos vayan a tener dinero para viajar a Europa. La protección de la libertad cultural y política, entonces, exige un orden institucional jurídico económico que permita la libertad para concursar por el acceso a los medios de comunicación social, por ejemplo. No se pide, naturalmente, tener

³⁵ Isaiah Berlin, "Two Concepts of Freedom" en *Four Essays on Liberty*, Oxford: Oxford University Press, reprint 1977, pp. 118-172.

³⁶ No me refiero al caso de un ingreso mínimo como garantía en contra del desempleo involuntario y de otras prestaciones básicas que no estimo incompatibles con una sociedad capitalista basada en una concepción negativa de la libertad sino a derechos positivos que van más allá de ello.

³⁷ Isaiah Berlin, obra citada, pp. XXVI y 123.

³⁸ Friedrich Hayek, *The Constitution of Liberty*, Chicago: The University of Chicago Press, 1960, p. 15 y sigtes.

la seguridad de que cualquiera tomado al azar vaya a tener buen éxito si se propone manejar una casa editorial. ¿Significa esto que la libertad de imprenta (formal) sólo “tiene valor” para los dueños de imprentas? No me es posible aquí considerar en toda su extensión este apasionante problema que está en la base de buena parte de la crítica marxista clásica al sistema capitalista. En este artículo creo que basta con señalar que la noción de libertad negativa no se contradice con la exigencia de una institucionalidad económica de mercado entendida ésta como una de las garantías jurídicas de la libertad cultural y política; y, segundo, que la libertad formal “vale” para los no propietarios en tanto y cuanto el mercado empuje a los dueños de los medios de producción a ponerlos al servicio de los usuarios y consumidores de lo que producen, es decir, en el caso de la libertad de imprenta, los lectores.

Los medios para ejercer las libertades deben ser obtenidos de los demás haciéndose útil para ellos. Se trata de un principio de interacción social de gran valor moral y psicológico: al entender las necesidades y deseos de los demás, y encontrar manera de satisfacerlos, hallo los medios de que se cumplan mis propios deseos y objetivos. Este es un proceso difícil y muchísimas veces da origen a frustraciones y resentimientos. Con frecuencia el rechazo a que “el trabajo humano se trance como una mercancía en el régimen capitalista” significa que no se ha comprendido y asumido en toda su extensión el desafío que representa el tener que ganarse la vida ofreciendo servicios por los que otras personas estén efectivamente dispuestas a dar libremente algo a cambio. Sustraer el trabajo del mercado equivale a transferir esas decisiones dispersas (con los incentivos que generan millones y millones de personas diversas, a la burocracia central. Es difícil imaginar que una opción así pueda ser en general menos opresora que las “leyes del mercado”. Naturalmente, las preferencias que el mercado considera no son las del “verdadero yo”, las del “yo racional” o “ideal”, sino las del yo empírico, las que de facto la gente reconoce como tales e intenta satisfacer. El sistema no refuerza jurídicamente el paternalismo. Para usar la célebre expresión de Kant: “nadie ha de obligarme a ser feliz a su manera”.

Permítaseme intercalar aquí una anécdota: Hace algunas semanas un programa de televisión documentó las actividades de un machi en la Araucanía. El jefe mapuche aparecía haciendo visitas muy al estilo del médico en consulta domiciliaria, sólo que sus ungüentos, invocaciones, fórmulas rituales, atuendos y adminículos eran de otro cuño, muy ajenos a lo que nos han habituado a considerar como propios de “las ciencias médicas”. Para mí, el punto culminante del reportaje tuvo lugar después que el machi

abandona el lugar que ha visitado, se despide de la entrevistadora, y, luciendo su extraordinario peplo de plumas, sube a un Daihatsu Charade, de color rojo. El machi se acomoda tranquilamente en el asiento del conductor, pone en marcha el motor y luego se aleja haciendo señas a los camarógrafos. Hasta ese momento el documental podría haber obedecido a un montaje para turistas. El Charade rojo, en cierto modo, le devolvió su ingenuidad al cuadro.

La pregunta es si el Charade no traiciona el estilo de vida mapuche. La anécdota sólo quiere ilustrar la cuestión de si la apertura comercial y, en general, el sistema capitalista no distorsiona valores y crea formas de vida profundamente inauténticas para nuestra cultura. Inquieta la posibilidad de que estilos de vida ajenos al mapuche y, por extensión, al latinoamericano, se incrusten en nuestras sociedades torciendo la identidad de las personas y grupos sin respetar su visión de sí mismos y sus tradiciones. El tema excede indudablemente el alcance de este artículo, sin embargo se toca con él, porque buena parte de las actitudes anticapitalistas en nuestro continente se deben a un temor a perder “lo propio”³⁹.

El asunto de que he tratado se refiere a instituciones jurídicas y a su capacidad para resguardar un marco de decisiones voluntarias en el campo ético, cultural y político. Dichas instituciones, en este caso, dicen relación con las libertades que, como la de contratar y de trabajo, se conectan directamente con la estructura económica de la sociedad. He partido del principio según el cual la voluntariedad de los actos es requisito sine qua non de la moralidad de los mismos. Por consiguiente, estimo que el sentido de las instituciones económicas de la sociedad es aproximarse a reflejar decisiones libres y responsables. Ellas se enmarcarán dentro de los valores de los diversos grupos sociales, pero en definitiva debiera corresponder, en general, a las personas individuales el juicio con respecto a qué es lo que les conviene y a qué es lo que en cada caso particular consideran lo bueno. Este principio no implica un relativismo absoluto según el cual todas las opiniones “valen lo mismo” y ninguna se acerca a la verdad más que otra. Lo que se afirma es que la responsabilidad moral supone ausencia de coerción en la decisión. Esta visión es compatible tanto con una ética de rai-gambre kantiana como de una aristotélica. Por cierto, la fundamentación filosófica de este principio que asumo aquí escapa al marco de este artículo.

³⁹ Para este problema visto desde el ángulo de la cultura abierta, ver Mario Vargas Llosa, “El Elefante y la Cultura”, revista *Estudios Públicos*, N° 13, Verano 1984.

A mi juicio, en una sociedad libre la persona descubre y labra su propia identidad y la de los grupos sociales que la rodean en el proceso de hacerse provechosa a otros a través de su trabajo, y de facilitarles la realización de sus aspiraciones. De allí también que la libre concurrencia sea un mecanismo de conocimiento personal y social que empalme naturalmente con otras prácticas e instituciones destinadas, asimismo, a conseguir y propagar las distintas formas de conocimiento del mundo y de los hombres.

En el caso de nuestros pueblos latinoamericanos con su variadísima mezcla y superposición de razas, culturas y subculturas fracturadas e incipientes, acosadas y, sin embargo, bullentes y promisorias, el establecimiento real de la libertad cultural, política y económica es el mejor modo de permitir que el proceso de búsqueda de nuevas —y viejas— identidades se lleve a cabo con respeto y dignidad. Necesitamos entroncar nuestra identidad futura en el pasado y, por lo tanto, en las tradiciones que sean capaces de sobrevivir no protegidas por la coerción. De lo contrario ese futuro sería falaz y espúreo, o podría, quizá, llegar a tener el encanto nostálgico que tienen los restos conservados del ayer, pero jamás lograría tomar la belleza enérgica y superior que alcanzan los actos libres de los hombres éticos. □